

Infiel:

la autobiografía de Ayaan Hirsi Ali*

MARTHA BÁTIZ ZUK

El libro que voy a reseñar no tiene nada que ver con enredos amorosos; el título viene de la palabra que utilizan los musulmanes para nombrar a quienes no comparten su misma fe. Ayaan Hirsi Ali, la autora, es una mujer somalí que logró escapar del yugo familiar y religioso bajo el que creció, y terminó siendo miembro del parlamento holandés, diez años después de haber obtenido asilo político en aquel país.

Quien no ubique inmediatamente quién es Ayaan Hirsi Ali, tal vez recordará el asesinato del cineasta Theo van Gogh en noviembre del 2004. El fundamentalista musulmán que lo acribilló en plena mañana en las calles de Ámsterdam, clavó con un cuchillo al pecho de la víctima una carta furibunda. La carta era para Ayaan. Todo sucedió a raíz de la película Sumisión (*Submission*, en inglés), que acababan de filmar juntos. Islam significa sumisión, literalmente, y de ahí el título. Ayaan escribió el guión, Theo fue el director. En la película, que puede verse en youtube (dura apenas 10 minutos), aparecen mujeres musulmanas cubiertas por un velo negro transparente. Sobre sus cuerpos desnudos están escritos versos del Corán. Son pasajes que permiten el abuso y el maltrato a la mujer y lo hacen parecer un “derecho divino.” Las mujeres rezan e intentan entablar un diálogo con Alá, preguntándole por qué, si son obedientes de sus leyes, tienen que soportar tanto dolor y miseria en la vida diaria. Al final no reciben respuesta; Alá no las escucha, están totalmente solas. A van Gogh esta cinta le costó la vida. A Ayaan, el escándalo que causó,

aunado al asesinato de su director, y la reciente revisión de su expediente de inmigración a Holanda (donde se vio forzada a mentir para obtener asilo político), le costó su puesto como miembro del parlamento. Ahora vive en Washington, trabaja para una empresa norteamericana, y se dedica a ofrecer conferencias y responder a entrevistas donde expresa sus ideas sin ninguna restricción. *Infiel*, el libro donde narra su vida, acaba de ser editado por Free Press, de la prestigiosa y enorme casa editorial Simon and Schuster, hace algunas semanas. La polémica no se ha hecho esperar: basta con buscarla en Internet para encontrar cientos de ligas hacia sitios donde se habla de ella, ya sea elogiándola o condenándola a muerte. Parece que con ella nada es a medias.

Ayaan proviene de una familia de nómadas somalíes: su abuela vagó siempre por el desierto y fue muy infeliz cuando su hija (mamá de Ayaan), la llevó a vivir consigo a la ciudad. Cuando Ayaan era niña, su padre formaba parte de la disidencia y fue encarcelado. La abuela aprovechó la ausencia del padre para practicarles la ablación (mutilación genital) a sus dos nietas: Ayaan, de cinco, y Haweya, de cuatro, en la cocina de su casa. De acuerdo con sus creencias tribales, pero también con su fe musulmana, esto les aseguraba “la pureza”. Ayaan explica que si bien no todos los musulmanes mutilan a sus hijas, en Somalia prácticamente todas las niñas lo son, y siempre en nombre del Islam. La parte del libro donde narra cómo tres mujeres (entre ellas su abuela) las sujetaron, mientras un hombre las cortaba con tijeras, es terrible. Y es apenas el principio.

La sociedad somalí, de acuerdo a Ayaan, se rige a través de clanes (así como en la India hay castas). Los clanes son

todopoderosos, amigos o enemigos, y en base a esto se hace la paz o la guerra. Su familia huyó de Somalia con pasaportes falsos hacia Arabia Saudita cuando su padre logró escapar de la cárcel, y más tarde se mudaron a Kenia. La madre de Ayaan era la segunda esposa de su padre, y era una musulmana ferviente. Quería vivir en Meca. Curiosamente fue el padre de Ayaan quien pensó que mudarse a Nairobi sería mejor para sus hijas, para que fueran a la escuela. La relación de Ayaan con su padre está llena de contradicciones: por un lado fue quien le permitió estudiar, pero luego abandonó a su familia, desapareció por varios años y se casó con otra mujer (su tercera esposa, simultánea a las otras dos, aunque sólo vivía con una). Al volver, detonó su huida porque comprometió a Ayaan con un hombre que ella no conocía, y que vivía en Canadá. Ayaan cuenta que es frecuente entre musulmanes que viven en Occidente ir a sus países de origen a conseguir esposa. Consideran que las musulmanas que han crecido “entre infieles” están pervertidas, y prefieren “importar” una mujer “pura”. La ceremonia por el civil fue un mero trámite para iniciar el papeleo de migración a Canadá como esposa de este hombre. Ayaan ni siquiera tuvo que estar presente en la ceremonia: su padre firmó por ella, y eso bastó para darle legalidad al documento.

Ayaan vio la oportunidad de escapar cuando la enviaron a Alemania para esperar su visa canadiense. Averiguó que en Holanda no era tan difícil conseguir asilo político, y tomó un tren sin decirle a nadie. Exageró los detalles de su historia para obtener la calidad de refugiada, y una vez legalizada su estancia en aquel país, se dedicó a estudiar. Holandés, primero, y luego una licenciatura y una maestría en ciencias políticas en una universidad muy prestigiosa. Su esfuerzo y disciplina le fueron abriendo las puertas hasta que llegó al parlamento holandés como miembro electo. La relación con su familia se fracturó permanentemente. Sus visiones del Islam ya no tenían nada que ver con lo que le habían enseñado de niña: Ayaan Hirsi Ali sostuvo una fuerte lucha interna para enfrentar por fin al Corán, y los muchos pasajes de violencia que en él existen. Cuestionó las palabras de Mahoma (las conocía bien, porque en su adolescencia había sido muy religiosa), y después del ataque a las torres gemelas en Nueva York el 11 de sep-

tiembre del 2001, se separó definitivamente de la fe islámica y se volvió atea. Ha hecho su misión en la vida luchar en contra de las costumbres musulmanas que permiten el maltrato a la mujer, que restringen su libertad, y ha sido muy franca en sus opiniones: el Islam no es una religión pacífica, sino retrógrada, que impide el progreso, y además invita a la violencia y la justifica; Mahoma era un hombre pervertido porque su última esposa tenía nueve años cuando se casó con ella, lo cual hace de él un pederasta. Así lo dice ella, está en su libro y en cantidad de entrevistas. Si a esto le sumamos la película *Submission*, pues no es sorprendente que tenga que vivir escondida y rodeada de la más alta seguridad todo el tiempo.

Yo no sé mucho de la religión musulmana, pero he leído el Corán y vi que recomienda guerra contra los infieles, y también afirma que la mujer estará siempre un grado abajo del hombre. Cuando estuve en Egipto a los quince años, la lascivia y la falta de respeto de los hombres en la calle (e incluso en el hotel, por parte de los encargados del equipaje) nos obligó a mi madre y a mí a cubrirnos con una túnica para que nos dejaran turistar en paz. Mientras veíamos papiros en una tienda, un hombre árabe me hizo plática en alemán, yo le respondí, y pocos minutos más tarde le ofreció a mi mamá dinero para comprarme como esposa. No es broma. Y si esto sucede con mujeres occidentales en pleno Cairo (la mujer ahí no vale sola, tiene que ir con un hombre, y mi hermano, que iba con nosotras, tenía 12 años), me resulta fácil creer hasta la última palabra de lo que narra Hirsi Ali que vivió en Arabia Saudita, Kenia y Somalia. No tengo para ella más que admiración y respeto por haber sido tan valiente y, a los 22 años, haber emprendido el camino que la ha traído hasta las páginas de *Infidel*. Su lucha por proteger a la mujer es válida, justa, necesarísima, y aplica no sólo a quienes sufren bajo el yugo religioso, sino para cualquier mujer oprimida en un sistema patriarcal. Ayaan Hirsi Ali es una mujer fuera de serie, para bien o para mal, y sus palabras merecen ser escuchadas y difundidas. El libro está disponible en inglés en Estados Unidos y Canadá, y ojalá que pronto sea traducido al español. 📖

*Hirsi Ali, Ayaan. *Infidel*. New York: Free Press/ Simon&Schuster, 2007.